



El proceso de radicalización del MFA se ha producido por reacción contra las derechas, que más de una vez se han salido de las vías legales, con una inoportunidad política asombrosa. (En la foto, Carlos Fabião, izquierda, estrecha la mano del presidente de la República, Costa Gomes, durante el acto de toma de posesión del Consejo de la Revolución. Entre ambos, el primer ministro, Vasco Gonçalves).

PORTUGAL Y SU OTRO FUTURO

Las elecciones de este viernes, 25 de abril, en Portugal, cierran un ciclo de acontecimientos y un año de historia densa. Se puede trazar una línea esquemática de esa historia pasando por tres puntos, por tres fechas: la del 25 de abril de 1974, la del 28 de septiembre y la del 11 de marzo.

Es decir, el alzamiento y los dos intentos contrarrevolucionarios, el relativamente pacífico del 28 de septiembre para eliminar del gobierno a los sectores más a la izquierda —relativamente pacífico porque hubo intentos de detenciones y de atentado contra el primer ministro— y la «intención» del 11 de marzo que costó la salida del país de Spínola, el que había sido héroe visible del 25 de abril, y la depuración en las filas del ejército. Los trazos de esta historia son tan recientes que son perfectamente conocidos de todos. Bajo esas fechas, el río de los acontecimientos fluye cargado de sentido.

El dato más significativo es el de la adopción, por todos, de unas posturas que eran inicialmente distintas. Hay una mecanización de la situación política engranada entre muy diversas fuerzas, desde las capitalistas a

las sindicales pasando por los partidos políticos y las fuerzas militares, de manera que cada acción de una influye sobre las demás, produciendo una especie de movilidad continua.

En esta movilidad parece que el ejército —o la parte del ejército que se encuadra en el Movimiento de las Fuerzas Armadas— ha tomado una rápida delantera, y su actuación ha llegado a ser más importante que las mismas elecciones de esta semana,

Juan Aldebarán

y que incluso la Constitución que habrá de votar la Asamblea Constituyente que se forme, porque esta Constitución viene ya prefigurada por las instituciones creadas por el ejército con la firma de aceptación de algunos de los principales partidos políticos (ver el número anterior de TRIUNFO).

Toda la situación portuguesa está llena de ambigüedades; las ambigüedades propias de un régimen en plena crisis de instauración. Es por una parte un régimen militar, por otra un régimen civil, puesto que existen los

partidos políticos, aunque no a todos se les haya dado derecho electoral. El predominio de los militares es inmediatamente visible, y es producto de una radicalización continua a partir de la fecha del 25 de abril de 1974.

El Movimiento de las Fuerzas Armadas no tenía, aquel 25 de abril, una imagen política neta, a pesar de los manifiestos programas emitidos. Era, sobre todo, un movimiento en contra: contra el viejo y anquilosado fascis-

mo, que ya se caía a pedazos, y contra la penetración de la guerra colonial. Inmediatamente esos dos movimientos negativos se transformaron en positivos: la instauración de un antifascismo y la velocísima descolonización (probablemente una de las más rápidas de la historia).

Aquella acción política se presentaba como neutral o, abusando de la paradoja, como apolítica. La elección del general Spínola para dirigir la situación —un general conocido por sus relaciones con los grandes instrumen-

tos capitalistas y por su antigua adhesión a la derecha— muestra la inseguridad de los militares jóvenes en sí mismos. En aquel momento se trataba de abrir un paréntesis de orden durante un plazo menor a un año hasta que se celebrasen las elecciones. Incluso se habló de respetar algunas de las creaciones o de las nomenclaturas de la época fascista hasta que la instauración de la democracia decidiese definitivamente (hubo una oposición a que se borrara, por ejemplo, el nombre de «Puente Salazar» en el que cruza el Tajo, aunque finalmente fue borrado). En este año, los partidos debían establecerse, hacerse conocer, contar con sus afiliados, y en este año se debía simplemente, por campañas de esclarecimiento y de culturización, preparar al pueblo para la democracia.

Sin embargo, este año no ha sido solamente teórico, sino práctico. Sobre todo al final, en este mes y pico que media entre el golpe spínolista del 11 de marzo y las elecciones del 25 de abril, incluso aplazadas en una quincena sobre la fecha prevista para que diera mayor tiempo a la acción militar: es decir, a la socialización del país.



Parece en principio que para los nuevos militares ha ido siendo más fácil el diálogo con los comunistas que con cualquier otro partido: quizá por las condiciones de disciplina, organización y orden que caracteriza al PCP (Foto: Carlos Fabião, centro, pasando revista a sus tropas.)

Se ha ampliado la base del movimiento de las Fuerzas Armadas y se ha procedido a una serie de nacionalizaciones. La más importante ha sido quizá la de la Banca, porque ha arrastrado la de numerosas industrias y empresas y prácticamente, la de la prensa: porque estaba en poder de la Banca y se nacionaliza, así, sin pretenderlo. Es curioso que muchas de las personas que consideran un atentado a la libertad de prensa su nacionalización no consideran que podía ser un atentado superior el de su posesión por la Banca.

El MFA se ha ido a la izquierda. El proceso de radicalización se ha producido por reacción contra las derechas, que más de una vez se han salido de las vías legales, con una inoportunidad política asombrosa. Pero también han desconfiado de la izquierda civil. Por sus reflejos anticomunistas, ya antiguos —suficientemente explícitos en el libro de Mario Soares, «Portugal amordazado», escrito con anterioridad a la caída del fascismo— la dirección del partido socialista se ha ido hacia la derecha, mientras el país se iba a la izquierda llevado por el MFA.

¿Llevado, también, por el partido comunista? El partido comunista ha ido también radicalizándose a la izquierda, servido por los contragolpes de la derecha. Y por unas nuevas relaciones con el MFA. En un principio, los militares trataron peor al partido comunista —en el reparto de cargos civiles— que a los demás: con bastante desigualdad con respecto al socialista, que ocupaba por lo menos dos carteras distinguidas y espectaculares —nada más espectacular que la de Asuntos Exteriores, que ocupó Mario Soares— mientras los comunistas tenían solamente un ministro sin cartera, el propio Alvaro Cunhal.

Parece en principio que para los nuevos militares ha ido siendo más fácil el diálogo con los comunistas que con cualquier otro partido: quizá por las condiciones de disciplina, organización y orden que caracterizan al PCP. También porque el partido comunista se ha manifestado bastante más utilizable. El partido comunista, al mismo tiempo que aceptaba y proclamaba una democracia pluripartidista, no se oponía a la continuación en la OTAN y procuraba contener las reivindicaciones obreras.

Es decir, el partido comunista muestra un fino olfato de la realidad que a otros les ha faltado, por la izquierda —los extremistas— o por la derecha. Sin embargo, la identificación del PCP con el MFA es sólo útil a efectos de la propaganda negativa. Muchas cosas les separan, y los comunistas portugueses no pueden tener la garantía de que el MFA no se vuelva un día contra ellos, o contra todos los partidos, incluidos los comunistas.

Una de las razones es la de que el MFA, a pesar de las depuraciones, cuenta con algunas disensiones importantes. Hay una derecha militar muy poderosa, que no utilizó el contragolpe del 11 de marzo porque le parecía condenado, pero que puede llegar a tener influencia en el país. Quizá Galvão de Melo sea su figura más visible, pero hay otros que no lo son tanto, y que existen también entre los mandos medios y hasta los sargentos. No olvidemos lo que radicaliza hacia la derecha a cualquier ejército colonial; no olvidemos el gran peso de la OAS en Francia. Se dice que los militares de la derecha se han quedado en los cuarteles, mientras los de la izquierda ocupan los puestos políticos. No cabe subestimar la importancia de los militares en los cuarteles.

En este contexto, las elecciones del día 25 han perdido una gran parte de la importancia con que se anunciaron al principio de la revolución. Se había puesto en ellas la ilusión de que configurarían el futuro de Portugal, dosificando los partidos políticos según la opinión pública expresada en las urnas, y de que crearían la Constitución.

El futuro no está ahora en manos de los diputados, ni la Constitución depende enteramente de ellos, puesto que sus líneas maestras le han sido dadas por una democracia paralela, la del MFA (organizado, como se sabe, democráticamente dentro del propio seno del ejército). Se puede dudar de que esta hibridación sea justa o sea eficaz. Pero las dudas «a priori» carecen de sentido. Solamente su funcionamiento, en el futuro, nos dará la clave de su poder. Es algo genuino, original, que habrá de desarrollarse en el plazo de tres a cinco años anunciado por el MFA. Si es que ese plazo, después, no se amplía. ■ J. A.

PORTUGAL GUIA ELECTORAL

Selección de Víctor Márquez Reviriego



UDP Uniao Democratica Popular

No aceptó el pacto con el MFA. Su programa es la **democracia popular y el socialismo**, dentro de un Estado que sea expresión y pertenencia de la clase obrera, sin intervención alguna de la burguesía. Burgueses, reaccionarios, todos cuantos se opongan a este

Estado serán barridos: «Democracia aos operarios, repressão aos reaccionarios», dicen haciendo suyo el lema de algunos obreros de Lisnave. Entre los que se oponen a esta democracia popular están no sólo los grupos de la derecha, sino también «cunhalistas e soaristas», que engañan al pueblo al prometer un socialismo por vías pacíficas. «La huelga es el arma mejor de que dispone la clase obrera» y la intersindical un organismo amarillo, que calumnia a los obreros. No creen en las elecciones («Ganhar votos é como vender detergentes»), pero van a ellas para desenmascarar en sus comicios y asambleas de esclarecimiento a los partidos. Allí atacan a PCP, PSP, MDP/CDE, MES e incluso al ahora ilegal MRPP.

En política exterior consideran que la lucha por la independencia nacio-



Octavio Pato y Alvaro Cunhal. La reforma agraria, la lucha contra los monopolios y la unidad entre el pueblo y ejército son los tres puntos más importantes en la campaña electoral del Partido Comunista Portugués.